

Nueva edición de *La nube y el reloj*

Hugo Hiriart



En esta columna nos proponemos dar cuenta de los libros publicados por nuestra Casa de Estudios. De algunos de ellos, cuando menos, dado que, como se sabe, el ritmo de publicaciones universitarias es acelerado y el número de títulos dados a la estampa, enorme. Así, pues, comencemos.

Luis Cardoza
y Aragón

La nube y el reloj

segunda edición
de la obra clásica publicada en 1940

Pintura mexicana
contemporánea

La reedición de este clásico de la crítica de la pintura moderna de México de don Luis Cardoza y Aragón, publicado originalmente en 1940, estuvo a cargo, por supuesto, del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

La nube y el reloj, es decir, el espacio, la nube, y el tiempo, el reloj, quiere decir, la pintura, que inevitablemente está en el espacio y los escritos sobre pintura, la crítica de Cardoza, que fatalmente se desenvuelve en el tiempo.

Observemos que el título es poético, específicamente tiene un toque surrealista, como de pintura metafísica, esas plazas de De Chirico con sus torres de reloj, desoladas y enigmáticas como se ha dicho, “un lugar del que acaban de marcharse los ángeles”.

Cardoza amaba el surrealismo, “ese gran momento de la juventud del mundo”, como solía decir con acierto. Lo recordaba muy bien, de joven había vivido dentro del sorprendente y vertiginoso interior del movimiento y era amigo de sus figuras más esclarecidas.

La poesía y la prosa de Cardoza y Aragón exhiben claramente las huellas del surrealismo. “No hay diferencia entre poesía y crítica”, sostenía con audacia y radicalidad. Su caso no único. Recuérdense los escritos de Ruskin, amados, traducidos e imitados nada menos que por Marcel Proust, o

las críticas de Baudelaire, Paz y tantos poetas más.

Don Luis era ante todo un poeta y en tal calidad aspiraba a ser recordado. Escribía crítica de pintura por necesidad, “artículos de primera necesidad”, llamaba a estas colaboraciones en revistas y suplementos culturales, y les sacaba jugo con singular talento publicándolos dos o tres veces o más. Además de ganancias pecuniarias inmediatas, estos artículos dieron a conocer, mucho más que su poesía, a Cardoza en el medio intelectual mexicano, entre los Contemporáneos, por ejemplo, que pronto se hicieron todos amigos suyos. Pero su poesía, se la lea o no ahora, tiene mérito, la *Pequeña Sinfonía del Nuevo Mundo*, fue la composición predilecta del maestro.

La prosa de don Luis es, como sabemos, muy elaborada (es prosa de poeta). Ya mayor, cuando publicó *El Río*, su apasionante autobiografía, con esas dudas que suelen entrarnos a los viejos sobre los méritos de la propia obra, me decía, “opté por la cuartilla barroca, tal vez hubiera sido mejor optar por la cuartilla invisible”.

He aquí como muestra de la prosa de don Luis este retrato de su paisano y amigo Miguel Ángel Asturias:

Entonces Miguel Ángel era muy delgado, una cerbatana de 1.80, un silvo moreno con abundante cabellera undosa, sonriente la punzante faz de estela maya esculpida en piedra oscura, como los monolitos de Quiriguá; muy aindiado, señalo, para que no se lo imagine en caliza blanca de Tikal o Yucatán. Se parecía a los hombres que vemos en la Cruz Foliada de Palenque: cabeza de glifo de inclemente nariz aguilena, con atractiva fealdad hermosa sostenida por ojos voraces. Su perfil atraía, era el perfil de Guatemala, el perfil del dios del maíz. Co-



José Clemente Orozco, *Luis Cardoza y Aragón*

rrespondía su físico a sus textos futuros, y reparo, sin que lo indique, en que todos están basado en Guatemala. La última vez que nos abrazamos, en octubre de 1966, era un tambor con patitas de pájaro.

En la nueva edición de la UNAM, el trabajo, como en todas las ediciones que se acercan a la perfección, ha sido largo y escrupuloso, las reproducciones en co-

lor, por ejemplo, son impecables. El estudio preliminar de Renato González Mello es cristalino e iluminador, por ejemplo, me parece un acierto que juzgue *La nube y el reloj* como una antología y lo compare con esas famosas y conflictivas antologías que hicieron época, la de Laurel que organizó, con otros, Paz o la de Jorge Cuesta (de la que dijo Hnestrosa “vale lo que Cuesta”).

La poesía y la prosa de Cardoza y Aragón exhiben claramente las huellas del surrealismo. “No hay diferencia entre poesía y crítica”, sostenía con audacia y radicalidad.